

en tiempo de Juárez, que era hereje, que en tiempo de este emperador católico y escogido por ellos.

— ¡Qué horror!

— Eso de que el Príncipe anuncie la tolerancia de cultos, el mantenimiento de las Leyes de Reforma, y las cosas todas que dice ó deja entender la carta, les pone frenéticos y escandalizados; no lo pueden pasar.

— ¿Y quién es el jefe del complot?

— El jefe... pues tal vez lo sea el Arzobispo; pero los que quieren empezar la danza son Vicario y Taboada, esos generales ultrarreaccionarios que ahora están de ocultis en México.

— Pues habrá que ponerles á buen recaudo.

— Así lo creo yo, y lo digo para evitar efusión de sangre, pues nunca me consolaría si supiera que por mi causa se había muerto á un hombre.

— Y habrá que poner á la sombra al Arzobispo.

— ¿Al Arzobispo mi señor? Eso no; si se comete un atentado semejante, yo retiraría mi denuncia y que S. M. descubra lo que pueda.

— Pues lo descubrirá todo.

— Así sea; pero que no cuente con mi ayuda.

— ¿Y para cuándo es el complot?

— Para esta tarde. Sí, se sabe que el Emperador va á la iglesia de la Soledad de Santa Cruz, y se tiene pensado cogerle en el camino vivo ó muerto. Si vivo, se le obliga-

rá á que derogue esas leyes, que se piensa han sido dictadas por el mismo espíritu de las tinieblas y promulgadas por boca de los infames radicales que se han adueñado del trono; si muerto, para que sirva el caso de saludable lección á los que quieran jugar en lo sucesivo con la buena fe de los conservadores.

— ¡Es mucha gente esta!

Comuniqué las noticias de Robles á S. M. la Emperatriz, y la señora se llenó de alarma.

— Hay que decirlo á S. M., me dijo.

A poco rato el chambelán de servicio nos introdujo al aposento de S. M. El Emperador se hallaba cerca de la ventana, en el cuarto llamado del baluarte, y se entretenía en hojear un álbum de estampas.

— Conozco ya, nos dijo tras de oírnos con toda calma, los manejos de los señores de las *pelucas viejas* y del venerable clero.

— Aquí nada hay venerable y mucho menos lo es el clero, dijo Carlota, repitiendo la frase que había proferido hacía días con motivo de la organización de un cortejo.

— Sé quiénes son los revoltosos y les he de castigar con fuerte mano... Ved lo que me dice mi policía especial acerca de estas cosas: «El licenciado don Antonio Morán, don M. Alvear y el licenciado don Antonio Fernández Monjardín, fueron ayer al palacio episcopal...» Claro se

ve que estos excelentes cangrejos han ido á tratar con Labastida la manera de levantar á México contra mí... «El general Mora y Villamil vive en la calle de Mesones, número ocho. Todos los días á las seis de la tarde sale de su casa un coche vacío, y vuelve á las siete llevando un hombre muy bien vestido. El salón, que tiene vistas á la calle, se ilumina todas las noches cerca de las ocho. Ayer, entre siete y ocho, cuatro individuos bien vestidos entraron á la casa. A las nueve y tres cuartos el coche del general salió conduciendo al señor Arroyo, antiguo oficial mayor del ministerio de Relaciones Exteriores, que vive en la calle de los Bajos de San Agustín, número cuatro. A las once salieron de la casa del marqués los señores Bocanegra, antiguo prefecto político, y Andrade, ex oficial de policía. Juntos fueron á la calle de Santa Teresa, número cuatro...» ¡Ajajá! ¿Y qué hablarán el gran político Arroyo y el simpático marqués? No han de ser los loores del imperio... Y á propósito, voy á leeros una tremenda letrilla que al buen Mora y Villamil le dedica un periódico de Juárez. Fijaos bien, que es cosa de gusto.

Y leyó unos versos de los cuales guardo en la memoria algunas estancias.

Era un pobre subteniente
Del cuerpo de artillería;
Temblaba de una sangría
Y daba diente con diente.
Nada de horrendo mostacho,

— No me contáis nada nuevo, mi querido Robles. Por ahora lo único en que se emplea el país...



Nada de sombrero al tres,
Que es un palomo el marqués...
El marqués de Rivas Cacho.

Quiso hacerse el andaluz
Y le zurró la pavana
Hasta cansarse, Santa Anna,
En Puebla y en Veracruz.
De general el despacho
Recogió al fin á sus pies,
Que es muy flexible el marqués...
El marqués de Rivas Cacho.

Fingióse enfermo en Padierna
Y en cada desaguizado
Ya le acomete un resfriado,
Ya siente mala una pierna.
Hoy lucirá sin empacho
La mano del almirez,
Que es todo un hombre el marqués...
El marqués de Rivas Cacho.

Reímos todos, celebrando la gracia del maldito poeta, que en otras diez ó doce coplillas tan saladas como incorrectas había pintado de cuerpo entero á S. E., y Maximiliano prosiguió:

— No me contáis nada nuevo, mi querido Robles. Por ahora, lo único en que se emplea el país es en conspirar: los liberales conspiran contra los franceses y contra mí; los franceses contra los liberales y contra mí; los conservadores contra mí y contra los franceses, y los moderados contra mí, contra los franceses, contra los rojos y contra los cangrejos... Ya veis que hay para darse

gusto... El único que no conspira soy yo, pues lejos de querer acabar con los franceses, los rojos, los moderados y los clericales, quiero atraérmelos á todos y ver cómo gobierno en su compañía... Pero esto es natural; me conformaré con que en el décimoquinto aniversario de mi reinado se me conozca y se me estime un poco: estos tiempos son de lucha, de ardor, de discusión y no es posible exigir lo mismo que en los de calma... El arzobispo alienta á Vicario y á Taboada; pero Juárez alienta á los rojos: Huerta, Fidencio Villagrán, Leiva y Fragoso están en México ó en los alrededores y reclutan gente... Se me asegura que Ramírez, Cortés Esparza y casi todos mis ministros me traicionan y me venden... El mariscal, á creer lo que afirman estos papeles, trataría de provocar una catástrofe para alzarse con el santo y la limosna... Debe de haber en eso mucha exageración; pero suponiéndolo absolutamente cierto... ¿qué le hemos de hacer? Si me toca morir en México, moriré con y sin conspiraciones, con y sin conjuras, con y sin el auxilio de amigos... ¡A la mano del destino... y que seamos dichosos si nos toca! Mas si es permitido augurar lo venidero ateniéndose á los datos que proporciona lo actual, tenemos en el activo del imperio lo siguiente, que no me parece despreciable:

Cuarenta y cinco mil hombres entre franceses, austriacos y belgas, cuyos cuadros están ya formados en el

extranjero y prontos á desembarcar de un día á otro. Todos son gentes disciplinadas y aguerridas, y aunque tienen la desventaja de maniobrar en terreno desconocido, pronto se acostumbrarán á él.

Veinticinco mil mexicanos, desorganizados, sin cohesión, sin orden y sin jefes, pero valientes y arrojados: de entre ellos ha de salir el nuevo ejército, y ya el Mariscal está trabajando en el plan de organización de ese núcleo verdaderamente necesario el día remoto, pero posible, que nuestros ilustres aliados tengan que emigrar del territorio de nuestra patria.

Una buena cantidad de buques de guerra en los dos mares.

El clero, que por más que se encuentre resentido en estos momentos por causa de las medidas que nos hemos visto obligados á dictar, pronto ha de comprender que le ofrecemos algo que en realidad es mucho mejor que lo que ha disfrutado.

Los pobres cangrejos, que han de ser nuestros aunque el imperio sea más liberal que lo que es ahora, pues parecen decirnos á cada vez que dictamos alguna ley que les desagrada: «nosotros os trajimos, somos vuestros amigos y no podemos dejar de amaros.»

El tesoro francés.

El tesoro mexicano.

Los ricos, que sienten halagada su vanidad al ver que

se les toma en cuenta y se les llama al desempeño de cargos que les vedaba la república.

La idea monárquica, que estaba enraizada profundamente en el sentimiento popular, y que por consecuencia es un motivo más de duración de este régimen.

Por último, la persona del príncipe que ha de ser un trabajador, un organizador, un fundador de imperios, no es indiferente, sino principalísima, y yo me esfuerzo en ponerme de acuerdo con el gran papel que me tiene reservada la historia.

En cambio, en el campo republicano, ¿qué vemos?

Zaragoza, el jefe con que contaban los contrarios, muerto providencialmente cuando su influencia podía ser más nociva á nuestra causa.

Los elementos del ejército juarista destruídos en Puebla.

Juárez, Lerdo é Iglesias, corriendo á salto de mata por los desiertos.

Unas cuantas partidas de guerrilleros-bandidos, asaltantes de rancherías y poblachos y teniendo por todo armamento unos cuantos mosquetes viejos, desecho de las guerras civiles.

Para batir á los cañones rayados que han dado á Francia la victoria en todas partes, unos cuantos palos y lanzas.

Para hacer frente á la intendencia francesa, organi-

zada con mecanismo de relojería, las *razzias* periódicas á poblaciones agotadas.

Para procurarse pólvora, el salitre de los cementerios; para obtener hierro y bronce, las rejas de los conventos y las campanas de las iglesias; para obtener dinero, los préstamos forzosos á gentes que no lo tienen ó lo esconden. .

Porfirio Díaz, preso.

Oaxaca, la segunda Puebla, en poder de Bazaine.

Vicente Riva Palacio, un muchacho testarudo y sin importancia, recorriendo Michoacán con un cajón de papel sellado por todo arsenal.

Los jefes de importancia, como Vélez, reclusos en casa.

Los viejos republicanos, como Uraga y Vidaurri, sujetos al imperio.

Unos cuantos jefecillos oscuros, como un tal Mariano Escobedo, otro tan insignificante como él, llamado Ramón Corona, y otros también de última laya que se llaman Angel Martínez, Luis Figueroa, Félix Díaz y José María Arteaga, que no me infunden ningún cuidado.

Creedme, señores, no hay temor ninguno por la suerte del imperio; todo está en regla, todo marcha bien y está en camino de consolidarse... Voy á mostraros lo hecho en Chapultepec: ya veréis cuán sencillamente quedó re- puesto el parque, cuán bellos los jardines y cuán cómoda la rampa... Le he añadido los terrenos de *La Hormiga*,

que adquirí de Martínez del Río nada más que en veinticinco mil pesos, y los terrenos colindantes con esos, que compré en cincuenta mil pesos, y pienso completar el hermoso parque añadiéndole otras muchas propiedades... Ya veréis el castillo dentro de diez años... Me ha hecho Tangassi dos tazas de alabastro, pero no me placen; se retirarán del servicio aunque se pierdan los dos mil pesos que costaron; tampoco me agrada mi busto en bronce: afortunadamente se contrató sólo en cinco mil pesos... He pensado quitar la vitrina (dirigiéndose á la Emperatriz) que se había puesto en el cuarto que destinamos á la princesa Iturbide... Cegaremos la escalera que va de vuestra habitación al fondo de la colina... Hay que abrir una puerta entre mi despacho y el del jefe del gabinete... Y os convido mañana para que vengáis á ver el teatro del palacio y para el cual ya tengo director: Zorrilla, el poeta Zorrilla... Señor Robles, en muestra de la simpatía que os tengo, os regalo mi retrato.

Y le dió un medallón riquísimo, ornado de piedras y diamantes.

Dió las gracias el fraile, me despedí atentamente y salí á aguardar á la Emperatriz para el almuerzo.

Esa tarde, acompañado solamente por un picador, fué Maximiliano á pasearse á caballo por el rumbo de la Soledad de Santa Cruz, y recibió en su camino la ovación más espontánea de todo su reinado.



TERCERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Los compadres

Es, pues, el caso, que obtenida la licencia, otorgado el poder en favor de Aquiles, listas las cartas de recomendación, armada del mayor esfuerzo que logré procurarme y resuelta á sufrir todos los desaguisados posibles, salí de México con dirección al turbulentísimo departamento de Michoacán, lleno de gaviillas de ladrones, si habíamos de creer á los periódicos franceses, y de partidas de patriotas, si habíamos de dar asenso á los ojalateros republicanos, que diariamente hacían público alarde de su inconformidad con el régimen establecido.

A nadie le hace gracia levantarse á las tantas de la